

que residía en el sumo pontífice, pero no era esencial que la tuviesen para el gobierno temporal, como se verá en la serie de esta historia.

GOBIERNO DE ISRAEL.

Moisés habia sacado á Israel del cautiverio de Egipto, le habia conducido cuarenta años por el desierto y llevado hasta las márgenes del Jordán. En todo este tiempo, como encargado de Dios, le habia dado leyes y ceremonias, habia arreglado cuanto pertenecía á la Religion y al Estado y cuanto convenia á la honra y gloria de Dios y á la paz y felicidad de aquel pueblo que se habia escogido el Señor para que preparase los caminos á la venida de su santísimo Hijo. Habia escrito un libro que contenia todos los estatutos religiosos y civiles que habian de gobernar á este envidiable pueblo, y despues de habérselos hecho saber en las campiñas de Moab, habia depositado el libro en el lugar santísimo, dentro del arca de la alianza, y bajo de aquel misterioso propiciatorio que formaban las alas de los querubines, donde se dejaba sentir la gloria del Señor y de donde daba sus oráculos ó divinas respuestas. Josué conquistó la tierra de Canaan tantas veces prometida por Dios á los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, dió la posesion de ella á los hijos de Israel, y en diez años que vivió despues de la conquista, no trató sino que se pusiesen en ejecucion todos los reglamentos que habia dejado escritos Moisés y que pertenecian al tiempo de esta posesion. Al morir quedó concluido este arreglo y era tan acabado y perfecto para el pueblo escogido por Dios, que las alteraciones que en lo sucesivo se hicieron en él, solo sirvieron para impedir su felicidad y ocasionarles grandes infeli-

idades. Poseida en plena soberanía esta tierra patriarcal, fué dividida en doce partes, adjudicadas por suerte á las doce tribus. Cada una de estas tenia en su principal ciudad un senado compuesto de ancianos y padres de familia y de un presidente elegido de entre ellos, y á este tribunal se llevaban los negocios generales de la tribu. Cada ciudad tenia á sus ancianos por jueces y las causas de los particulares se terminaban por su parecer. La capital ó centro de todo el Estado era la santa ciudad que escogia el Señor para asiento del tabernáculo y del arca santa. El sumo pontífice y los sesenta ancianos componian allí el tribunal supremo, donde se terminaban los pleitos que no se habian podido concluir en las tribus por sus jueces ordinarios. Tambien se celebraban en esta ciudad sagrada las juntas generales compuestas de los príncipes de todas las tribus y de sus ancianos y magistrados, á las que presidia siempre el pontífice del Señor; y en ellas se determinaban los grandes negocios pertenecientes á toda la nacion. En fin, en esta ciudad privilegiada, y solo en ella y en su tabernáculo y atrio, podian ofrecerse á Dios víctimas en sacrificio y holocausto, inciensos y timiamas por el ministerio de los sacerdotes y del soberano pontífice.

Su Monarca.

Mas los hijos de Israel gobernados de este modo, no estaban sin monarca. Era la nacion escogida y el pueblo de Dios, y Dios era su monarca. Así es que el gobierno de Israel no era, ni aristocrático, ni democrático, ni republicano, ni monárquico humano, ni otro alguno de cuantos se han conocido. Era un gobierno monárquico divino. Era un gobierno teocrático, es decir, que tenia por monarca al Señor, que habia querido hacer con él las veces de monarca humano. Así es que cuando los Israelitas pidieron tener un rey, como las demás nacio-

nes, el Señor se quejó y dijo á Samuel, que gobernaba entonces el pueblo : No , Samuel, no es á ti, sino á mí, á quien han desechado para que no reine sobre ellos.

Sus Jueces.

Sin embargo, este Rey del cielo se elegia, cuando era su divina voluntad, sus vicegerentes en la tierra, y estos eran los que llamamos jueces de Israel, y cuya historia, aunque muy compendiada, ocupa uno de los Libros santos con el título de *libro de los Jueces*. Comprende trece, que fueron :

OTONIEL,	TOLA,
AOD,	JAÍRO,
SAMGAR,	JEPTÉ,
DÉBORA con BARAC,	ABESAN,
GEDEON,	AHILON,
ABIMELEC,	ADON y SANSON,

porque la historia de Heli y Samuel que tambien fueron jueces de Israel, se halla en el libro primero de los Reyes. Todo el tiempo que duró este gobierno, que fué como de trescientos años, experimentaron los Israelitas sus alternativas, ya humillados bajo el poder de sus enemigos, cuando pecaban contra el Señor, y ya levantados de su humillacion por medio de estos jueces que les enviaba el Señor, cuando se volvian á él y le pedian misericordia. De este modo les hacia ver que el único medio de triunfar de sus enemigos y asegurarse la proteccion de su Monarca divino, era mantener en su pureza la celestial religion de sus padres y guárdar sus santos mandamientos, y que de lo contrario, no debian esperar sino el desamparo de Dios y la dominacion terrible de sus encarnizados enemigos. Aunque la mayor parte de estos jueces les fueron dados para librarles del yugo que

por sus prevaricaciones les habian puesto, ya unos, ya otros enemigos, algunos no tuvieron otro encargo que, como enviados extraordinarios de Dios, administrar justicia en Israel con una autoridad superior y mas firme que la del consejo de los príncipes y ancianos de las tribus. En fin, este libro contiene, por decirlo así, la historia de la justicia y la misericordia de Dios para con todos los hombres y particularmente para con los hijos de Israel.

Gobierno de cada tribu.

Moisés y Josué fueron los dos grandes hombres que se eligió el Señor para trasplantar á su pueblo escogido de la esclavitud de Egipto á la tierra de promision. Moises le sacó de Egipto, le condujo cuarenta años por el desierto y le llevó hasta las márgenes del Jordán; y Josué conquistó la tierra de Canaan y le puso en posesion de ella. Aquí concluyó la obra de la promesa hecha por Dios tantas veces á sus padres. Así que, Josué, al ver llegar su muerte, no trató, como Moisés, de proveer de un sucesor á Israel, porquo acabada la obra, no era ya necesario, y en adelante, segun el orden que el Señor habia dado á la nacion por medio de Moises, cada tribu debia ser gobernada por sus principales ancianos y padres de familia; y toda la nacion por el Sanedrin ó gran Consejo, compuesto de setenta ancianos escogidos de todas las tribus, y presididos por el sumo sacerdote. Tambien debian celebrarse, cuando ocurrian negocios difíciles y de gran consecuencia y gravedad, juntas generales, compuestas de los príncipes de las tribus, y de sus ancianos y magistrados, y presididas por el gran sacerdote para determinarlos; y como era el Señor su monarca, se le consultaba cuando se dudaba del acierto.

Conquista de cada tribu.

Tal fué el caso en que se encontró Israel despues de la muerte de Josué. Este inclito y valiente general habia exterminado los Cananeos en número suficiente, como ya se ha dicho, para dar habitacion cómoda y espaciosa á los hijos de Israel, pero quedaba á cada una de las tribus el deber de irlos exterminando al paso que se aumentase, y en diez años que habian pasado desde el fin de las guerras de Josué hasta su muerte, se habian aumentado mucho y necesitaban volver á tomar las armas para ensanchar sus posesiones é irlos acabando hasta su total exterminio, en cumplimiento del decreto del Señor; pero se dudó cuál de las tribus debia abrir la campana para acabar con los Cananeos que habian quedado en la tierra de Israel. Para esto se tuvo una junta general y se creyó que la de Judá debia participarla, porque habia mucho tiempo que estaba en la posesion de ocupar el primer lugar. Ella habia ido la primera en las marchas de Israel por el desierto, se la habia señalado por la suerte la primera y mejor porcion de la conquista, y era considerablemente superior en número á todas las demás tribus. Estas razones parecian suficientes para poner á Judá antes que otra alguna las armas en la mano; pero como las guerras de Israel se habian de hacer bajo la proteccion del Señor si habian de conducir á la victoria, quiso la junta que se consultase á su divino Monarca para contar con su proteccion ó desistir de la empresa. Se consultó, pues, al Señor por medio del gran sacerdote Finees, diciendo: ¿Cuál subirá delante de nosotros contra el Cananeo, y será la que guie en esta guerra? Y respondió el Señor: Judá subirá. Hé ahí que yo he puesto la tierra en sus manos.

Judá y Simeon.

Asegurada la tribu de Judá de la proteccion del Señor, se preparó para romper la campaña. Mas como la tribu de Simeon tenia su suerte con la tribu de Judá, se creyó que estaba comprendida en la proteccion que el Señor habia prometido á esta, y se la convidó á que se uniese con ella. Únete conmigo, dijo la tribu de Judá á la de Simeon. Pelearémos contra el Cananeo en mi suerte y en la tuya, y Simeon fué con Judá y pelearon juntos. Estas dos tribus reunidas se pusieron en campaña, mientras que las otras observaban á los enemigos que habia en las suyas, teniéndolos en respeto para que no acudiesen á la defensa de los que combatian Judá y Simeon. Estas subieron contra el Cananeo y Fereceo, y el Señor se los entregó. Acometieron en seguida á Bezec, ciudad fuerte, bien guarnecida y defendida por su rey Adonibezec en persona; la tomaron y dieron la muerte á todos los idólatras que no pudieron huir de ella. El rey huyó, pero le siguieron fuertes destacamentos, le alcanzaron y trajeron al campo de los vencedores. Luego se le habria hecho morir, como á tantos otros reyes que no perdonó Josué; mas el Señor le destinó á ser un ejemplar de su divina justicia. Se le cortaron las extremidades de las manos y los piés, y cuando se vió Adonibezec mutilado y en tan lastimoso estado; bien mereceo, exclamó, este tratamiento. Setenta reyes, cortadas por mi orden las extremidades de sus manos y sus piés, recogian bajo de mi mesa las sobras que caian de mi comida. Así como yo hice, así ha hecho el Señor conmigo. ¡Castigo justo que jamás deja de imponer el Señor á los criminales ó en esta ó en la otra vida! El ejército victorioso llevó consigo á Adonibezec á la conquista de Jerusalem, y allí murió.

Jerusalen, tan famosa en adelante por ser trono de la religion y del imperio, y tambien por los obstinados sitios que sostuvo contra los principes mas poderosos del

mundo, no era al presente mucho mas fuerte que las ciudades que ya se habian conquistado. Se batió, se asaltó y fué tomada, pasada á filo de espada, saqueada y entregada á las llamas; pero tenia esta ciudad sobre un monte, el mas alto de todo el pais, una ciudadela llamada la fortaleza de Jebus. Esta no fué tomada con la ciudad, y es bien creible que en esta omision principiò la prevaricacion del mandato que todos tenian de exterminar los idólatras y no permitir que viviesen entre los hijos de Israel. Estas dos tribus debieron tomar la fortaleza por mas defendida que estuviese, puesto que contra el poder del Señor que les llevaba de victoria en victoria no habia defensa. Sin embargo el Señor no dejó de proteger á estas dos tribus en toda la campaña por esta falta, y de aquí inferen algunos que tenia particulares designios acerca de la rendicion y exterminio de estos Jebuseos, y que nunca permitió que tratasen con los Hebreos. Pero sea de esto lo que fuere, no puede dudarse que estas dos tribus continuaron su campaña con la misma proteccion, y consiguieron cuanto emprendieron. Por la parte oriental de Judá bajaron al mediodía y todo lo conquistaron, habiendo perecido en estas guerras un gran número de idólatras. Á su vuelta del mediodía emprendieron la toma de dos ciudades fuertes, Hebron y Dabir, que pertenecian al valeroso Caleb y que habian sido tomadas por Josué y vuelto al poder de los hijos de Enac.

Caleb, en la edad de noventa y cinco años, asistia en persona á esta conquista y regularmente mandaria en ella. Hebron fué embestida, asaltada, tomada y pasada á filo de espada á pesar de la defensa que hicieron Sesai, Ahiman y Tolmai, todos tres hijos de Enac, de una estatura monstruosa y fuerzas gigantescas. Hebron estaba en el número de las ciudades sacerdotales, y Caleb tuvo por grande honra que viviesen los sacerdotes del Señor en la heredad de su familia. La toma de Hebron facilitó la de Dabir, llamada antiguamente Cariatsefer y perte-

neciente tambien á la propiedad de Caleb, en la toma de esta ciudad se usó de un medio del que no se habia echado mano en la de las otras ciudades. Acaso quiso la divina Providencia proporcionar por este medio el primer juez á Israel. Caleb propuso un premio. Yo daré, dijo, á mi hija Axa por mujer á aquel que hiriere á Cariatsefer y la destruyere. El premio de esta victoria merecia sin duda que se despreciasen los peligros del asalto. Era Caleb el hombre mas distinguido entre los hijos de Israel, y la mano de esta ilustre Israelita era de muy alto honor para no hacer que aspirasen á ella los mas valientes del ejército. Otomiel fué el dichoso entre los valientes que tomó la ciudad y que recibió por mujer á la hija del famoso Caleb. Este venerable anciano tuvo un gran placer en dar á su hija en matrimonio á un valiente de Israel, pero llegó al colmo su alegría cuando vió que este valiente era su sobrino, hijo de su hermano Cenez.

Colocacion de las familias Cineas.

Despues de poner á Caleb en la posesion de sus ciudades, se trató de la colocacion de las familias Cineas descendientes de Hobab, hijo de Jetró, que traía su origen de los pueblos Cineos, y fué suegro de Moises. Cuando el pueblo de Israel levantó su campamento del pié del monte Sinaí para continuar su viaje á la tierra prometida, dijo Moises á Hobab, su cuñado: Nos partimos á la tierra que Dios nos ha de dar. Ven con nosotros para que te hagamos bien, porque el Señor ha prometido bienes á Israel. Hobab se negó y dijo que queria volverse á la tierra en que habia nacido, que era la de Madian; pero Moises le instó diciendo: Si vinieres con nosotros te daremos lo mejor que hubiere de las riquezas que el Señor nos ha de dar. Hobab se rindió y caminó con Moises, incorporado en sociedad y religion al pueblo de Israel. Esta promesa hecha á Hobab por Moises, es la

que se trata de cumplir ahora. Los descendientes de este Cineo se habian establecido en la ciudad de las Palmas, cercana á Jericó, y allí permanecieron mientras que vivió Josué; pero ellos querian vivir en las campiñas ó desiertos de Judá situados al mediodía de esta tribu. Para cumplir sus deseos y la promesa de Moisés, fué preciso ir á lo último de la tierra prometida y destruir los Cananeos que quedaban por aquella parte. Esto se ejecutó con tanta mayor actividad y contento, cuanto proporcionaba el entero cumplimiento del voto que habia hecho Israel al Señor de entregar al anatema todas las ciudades del rey de Arad, que les salió á hacer la guerra en el desierto, cuando caminaban á la tierra prometida, porque solo pudieron destruir entonces las que hallaron al paso. Las tribus de Judá y Simeon, seguidas de los Cineos, avanzaron hasta la ciudad de Sefat que era la mas fuerte del reino, y la tomaron, saquearon y entregaron á las llamas. Se extendieron en seguida por las campiñas y exterminaron á los Cananeos, sus pueblos y ciudades tan completamente, que se llamó aquel país, y principalmente la ciudad de Sefat, *Horma*; esto es, *anatema*, porque todo quedó exterminado. Libres de Cananeos aquellos terrenos, se establecieron en ellos los Cineos, hijos de Hobab, y vivieron con la tribu de Judá en lo sucesivo.

Recabitas.

De estos Cineos descendieron trescientos años despues aquellos famosos Recabitas que fueron como los anacoretas ó solitarios del antiguo Testamento. Jonadab, hijo de Recab, les dió las reglas y ordenaciones que observaron con tanta fidelidad y constancia. Vivian en soledades bajo de tiendas ó en cabañas, y se ocupaban en leer los Libros santos, estudiar en ellos la ley del Señor, admirar, bendecir y adorar sus bondades, ensalzar sus glorias, cantar sus alabanzas y vivir de su santo amor.

Su fundador Jonadab prohibió, entre otras cosas, el uso del vino, tanto á ellos como á sus familias, y fueron tan exactos en el cumplimiento de este mandato, que el mismo Dios les puso por ejemplar á los Judíos para reprehenderles la falta de cumplimiento de su divina ley, como lo vamos á ver.

Con motivo de la guerra que hacia el rey Nabucodonosor á Joaquin, rey de Judá, se vieron precisados los Recabitas á dejar las chozas ó cabañas en que vivian en aquellas soledades, y retirarse á Jerusalem para no caer en manos de sus tropas, que todo lo talaban. Por este tiempo profetizaba Jeremías, ó mas bien lloraba la cautividad de los Judíos, que iba á verificarse en castigo de sus enormes prevaricaciones. El Señor, misericordioso por sí, y justiciero por nuestra culpa, se valió del ejemplo de los Recabitas, que en la actualidad se hallaban en Jerusalem despues de trescientos años de vida solitaria, para reconvenirles, reducirles á la penitencia y perdonarles, y para esto dijo á Jeremías: Vete á la casa de los Recabitas, llévalos á la casa del Señor y dáles vino á beber. Y tomé, dice el profeta, á Jezonías y á sus hermanos y á todos sus hijos y á toda la casa de los Recabitas, y los introduje en la casa del Señor y puse delante de ellos copas llenas de vino, y les dije: Bebed; pero ellos respondieron: No beberémos vino, porque Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, nos mandó, diciendo: No beberéis vino, vosotros ni vuestros hijos, jamás, y casa no edificaréis y semillas no sembraréis y viñas no plantaréis, ni las poseeréis; mas en tiendas habitaréis todos los dias de vuestra vida. Hemos, pues, obedecido á la voz de Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, en todas las cosas que nos mandó.

Anda, me dijo aquí el Señor, di á los varones de Judá y á los habitantes de Jerusalem: Han sido obedecidas las palabras de Jonadab, hijo de Recab, que mandó á sus hijos que no bebiesen vino y no lo han bebido hasta el día de hoy porque han obedecido el precepto de su padre,

y yo os he hablado á vosotros y no me obedecisteis, y os envié mis profetas y no inclinásteis vuestro oído ni me escuchásteis. Los hijos de Jonadab, hijo de Recab, han obedecido el mandato de su padre, mas este pueblo no me ha obedecido; por lo cual haré venir sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalem toda la aflicción que he dicho contra ellos, porque he hablado y no me han escuchado, he mandado y no me han obedecido; y dijo Jeremias á la casa de Recab: Porque habeis obedecido el mandamiento de Jonadab y habeis hecho todas las cosas que os mandó, esto dice el Señor: No faltará varon de la descendencia de Jonadab, hijo de Recab, que esté delante de mí todos los dias.

Ningun elogio mas grande de la obediencia de los Recabitas, y ninguna reconvencion mas terrible de la inobediencia de los Judíos. Jonadab, fundador de estos hijos de la obediencia, vivia en tiempo de Jeu, rey de Israel, y se merecia tanta consideracion que este rey hizo que subiese á su carroza y le acompañase cuando entró por primera vez en su corte. Acaso descendian de estos famosos Recabitas aquellos fervorosos Esenos que algunos Padres de la Iglesia equivocaron con los fervorosos fieles de los primeros tiempos del cristianismo. Lo cierto es que san Jerónimo dice: que así estos Recabitas, como Elías, Eliseo y los hijos de los profetas, fueron el modelo de los monjes de la Iglesia de Jesucristo.

Guerra con los Filisteos

Despues de la colocacion de los Cineos en el mediodía de Judá, parecia que iba á concluirse la guerra de estas dos tribus. Al norte se habia tomado á Bezec y á Jerusalem. Por mediodía habian sido exterminados los gigantes y puesto Caleb en posesion de su herencia. El reino de Arad acababa de ser conquistado y establecidos en su territorio los Cineos. Por el oriente no habia enemigos

que combatir, solo restaba destruir á los Filisteos que ocupaban las riberas del Mediterráneo al occidente. Se emprendió esta última conquista y se tomaron las plazas de Gaza, Ascalon, Acaron y sus territorios; pero sea que los Filisteos, como colonia de Egipcios, no entraban en el anatema pronunciado contra los Cananeos; sea que las dos tribus desconfiaron de poderlos vencer al ver en las llanuras sus carros armados (desconfianza injusta é inexcusable, pues habian visto ellos mismos á Josué destruir el grande ejército de la liga, tomar y quemar la multitud de sus carros armados y desjarretar sus caballos), la conquista de los Filisteos no se llevó á cabo. Ya verémos en el discurso de esta historia cuán importante habria sido al reposo de Israel la entera destruccion de estos enemigos del pueblo de Dios.

Efrain y Manasés.

Seria cosa difícil determinar á punto fijo cuántas batallas dieron y cuántas campañas hicieron estas dos tribus unidas; y no lo seria menos averiguar las peleas de las otras tribus, ni el tiempo que duraron las guerras obstinadas que todas se vieron precisadas á hacer, porque apenas hablan los Libros santos. Sin embargo, nos dicen que las dos tribus de Efrain y Manasés, que componian la casa de José, subieron á tomar á Betel que antes se llamaba Luza, y que fué el Señor con ellas. En efecto, experimentaron bien su divina proteccion, porque cuando ya habian puesto cerco á la ciudad, vieron á un hombre que salia de ella y le dijeron: Manifiéstanos la entrada de la ciudad y usaremos contigo de misericordia, y habiéndosela él mostrado, entraron en la ciudad sin que les costase ni un solo ataque, y la pasaron á filo de espada; pero dejaron ir libre al hombre que se la habia manifestado con todos sus parientes y sus bienes, el que pasó á morar en la tierra de Hetin, fuera de la tierra de

promision, y edificó allí una ciudad que llamó Luza, para conservar la memoria de su patria, en la cual no esperaba volver á poner jamás los piés. ¡ Hombre infeliz, que pudiendo incorporarse con su familia al pueblo del Señor, siguiendo el ejemplo de la venturosa Rahab y su parentela, adorar en él al Dios verdadero, servirle y merecer la vida eterna, prefirió abandonar su amada patria y fundar en tierra extraña una ciudad para dar culto al demonio en sus ídolos y perderse eternamente! Pero adoremos aquí los incomprensibles juicios del Señor, que recibe en el seno de su pueblo á Rahab y deja ir camino de su perdicion á este Amorreo.

Relajacion de Israel.

Hasta aquí todo iba bien, y el Señor manifestaba estar satisfecho de la obediencia de su pueblo en la proteccion que le dispensaba en sus conquistas, y victorias que concedía á sus armas; mas entretanto que Israel conseguia triunfos gloriosos, sufría pérdidas irreparables. Un precioso número de ancianos, que habia en los campamentos y en los ejércitos, iba desapareciendo. Estos respetables Israelitas, testigos oculares en su juventud de las maravillas que habia obrado el Señor en Egipto y despues en el desierto, cuidaban con mucho celo que se cumpliesen con toda exactitud las ordenaciones del Dios de los portentos, y eran mirados como los oráculos de la nacion; pero no pasaba día en que la hoz de la muerte no segase algunas de estas venerables cabezas, como espigas sazonadas ya por los años. La juventud insensiblemente iba dominando, y aquí principiaron el desorden y las desdichas de Israel. Este aflojaba cada día en la rectitud de sus principios. La juventud queria la libertad y las condescendencias. La guerra variaba, y ya en vez de seguir exterminando los idólatras segun el mandato del Señor, y acabar de limpiar la tierra pro-

metida de adoradores del demonio, para que la ocupasen únicamente los adoradores de Dios, no solo no se les exterminaba, sino que se llegaba á contraer alianzas con ellos. Principiaron por harcerles sus tributarios y acabaron por hacerles sus aliados y vivir con ellos. De este modo fueron caminando de mal en peor á pesar de los clamores de los pocos ancianos que quedaban. En vano gemian, exhortaban y amenazaban estas ancianas cabezas; ya era muy débil su voz para lograr impresion. Una humanidad mal entendida, una humanidad contra el mandato de un Dios, dueño de todas las vidas y de todos los terrenos, era el pretexto para las prevariaciones que se hacian en Israel.

Un ángel le corrige.

Cuando ya los ancianos nada pudieron alcanzar, el Señor se dió por entendido, y aunque esta vez no echó mano de su justicia, se valió de la amenaza y el terror para corregir á un pueblo al que aun no queria castigar. Estando reunida la nacion en Silo, sin duda para celebrar alguna fiesta religiosa, porque estaba allí el arca santa, se presentó de improviso un ángel y les dijo en nombre del Señor: Yo os saqué de Egipto y os introduje en la tierra que prometí con juramento á vuestros padres; yo ofrecí que jamás invalidaría mi pacto con vosotros, pero con tal de que vosotros no hicierais alianza con los habitadores de esta tierra, sino que derribárais sus altares; y vosotros no habeis querido oír mi voz. ¿Porqué habeis hecho esto? por lo mismo no he querido borrarlos de vuestra presencia para que ellos sean vuestros enemigos, y sus dioses vuestra ruina; y con esto desapareció el ángel. Estas reprensiones y amenazas hechas de parte Dios por un ángel, causaron grande impresion en los corazones de todos y por todas partes no se oían sino suspiros, ni se veían sino lágrimas en tanta abun-

dancia, que el paraje donde estaban reunidos se llamó *el lugar de los lloradores*. Ofrecieron sacrificios al Señor y procuraron aplacar su justo enojo con su arrepentimiento y sus lágrimas. Su pesar en esta ocasion fué verdadero y sus propósitos sinceros, y así consiguieron que se aplacase el Señor. Despues de este suceso sirvieron á Dios constantemente hasta que la fiel y piadosa generacion presente fué reunida á sus padres.

Principia la idolatría de Israel en la tierra de promision.

Entonces una nueva generacion que no habia visto los prodigios del Señor y que, incrédula solo contaba con lo que veía para poder ser impia como todos los incrédulos de todos los tiempos, se entregó á hacer lo malo delante del Señor, y no se contentó ya con vivir con los ídólatras, comerciar y hacer alianzas con ellos, sino que pasó á dar las hijas de Israel por esposas á los incircuncisos de Canaan, y los hijos de Jacob á las mujeres amorreas; de donde se siguió que las Israelitas perdian su religion viviendo con los ídólatras, y las ídólatras robaban su religion á los Israelitas. De este modo maridos y mujeres, padres é hijos vinieron á precipitarse en la idolatría, adoraron á Baal y Astarot y sirvieron á los ídolos.

Parece increíble que los hijos de aquellos Israelitas que delante de Josué protestaron tantas veces y de tantas maneras que jamás dejarían de servir al Señor y que nunca servirían á dioses ajenos, pudiesen en tan poco tiempo caer en la idolatría. Parece increíble que un pueblo escogido por Dios para depositario de su divino culto, un pueblo que nació, se crió, caminó y acababa de establecerse á costa de portentos, pudiese dar al través con todo, olvidarse de todo, despreciarlo todo, atropellar por todo y caminar á ofrecer incienso á los ídolos. Esto, repito, parece increíble; pero es necesario tener

presente que las heridas en materia de religion son cancerosas, y si no se aplica luego el cauterio, acaban por dar la muerte. No hubo en la tierra de Israel como en las campiñas de Moab, ni Finees ni jueces que cortasen el contagio; no hubo caudillos colgados en públicos patibulos, ni veinte y cuatro mil criminales sacrificados por la Justicia divina, y el mal llegó al último extremo. Consecuencias, resultados, frutos amarguísimos de la tolerancia religiosa. Se principia por cosas que parecen pequeñas; se pasa mas adelante, y se disimula; se va socavando el edificio, pero no se advierte, porque el público continua en la misma religion; se descubren algunas de sus heridas, y aunque al principio asusta su vista, la costumbre de verlas sosiega el susto; al principio escandalizan, pero con el tiempo se llegan á mirar como novedades de que nadie debe escandalizarse; cesa por lo general el enojo contra los impíos; se calma caridad, sufrimiento, tolerancia, y en esta situacion de los espíritus el menor movimiento trastorna ó echa por tierra el edificio. Se trastorna la religion, y al fin cae. Se atribuye su caída á la última causa visible, pero esto es un engaño. Poco á poco se habian ido socavando sus cimientos, y el último golpe no hizo otra cosa que verificar su ruina.

Esto sucede en las naciones que rompen la unidad de la fe. Mezclan la verdad con la mentira, y caminan al templo del error á ofrecer incienso al ídolo de la herejía. Esto mismo sucedió á Israel para venir á caer en la sima de la idolatría. Se principió conservando á los Cananeos por falsa compasion en vez de exterminarlos por compasion verdadera; se pasó á vivir con ellos, á entrar en alianzas hasta contraer matrimonios, y se acabó por tomar su religion, caminar á los templos de sus dioses y adorarlos. Por eso no es de extrañar que despues de tan solemnes protestas se verificase tan terrible caída, de la que no se habrian levantado, si Dios no hubiese tomado uno de aquellos medios de que usa su misericordia

cuando quiere conservar su divina religion en un pueblo, un reino ó una nacion.

Su Castigo.

Así fué que el Señor para corregir á este pueblo, que no queria abandonar, pasó de las amenazas á los castigos. Entregó al prevaricador Israel en manos de Chusan Rasatain, rey de Mesopotamia. Ocho años gimieron en la mas vergonzosa servidumbre unos hombres que habian nacido para mandar á reyes y obedecer solo á Dios. Nada nos dice el texto sagrado de lo que pasó entre Chusan y los Hebreos para venir estos á ser sus esclavos, y este silencio nos manifiesta que era el Señor quien armaba poderosos enemigos contra ellos para castigar sus delitos. A los ocho años de sus idolatrias se siguieron otros ocho de luto y llanto en la mas dura esclavitud. En este tiempo sus miserias y su vergonzoso estado les hicieron volver en sí mismos y conocer que habian sido desamparados de Dios, porque ellos habian desertado de sus divinas banderas, y los habia entregado á tan pesados castigos porque habian sido infieles á sus promesas y juramentos. Reconocieron su culpa, detestaron su prevaricacion, se volvieron al Señor y clamaron con un corazon contrito y humillado el perdon de su desercion. Entonces el Señor, que solo queria ver arrepentido y enmendado á su pueblo, le envió el primer juez de Israel para que le librase de su cautiverio sacándolo del poder de Chusan, su tirano.

Los libertadores y gobernadores de Israel, á quienes se da el nombre de *jueces*, eran unos hombres que enviaba el Señor, ó se elegia ó recibia el pueblo en ciertas circunstancias para que le sacasen del poder de sus enemigos, ó le librasen de caer en él, y tambien para que le gobernasen. La forma de gobiernó que Moisés, de órden del Señor, habia dado al pueblo de Israel no nece-

sitaba de estòs jueces, y solo sus extravíos eran los que les hacian necesarios. Cada tribu en particular tenia sus ancianos, sus cabezas de familias y sus magistrados que la gobernasen; y la nacion en general tenia sus sacerdotes, su pontífice, sus leyes santas por regla, y su Dios por monarca. Tal era la forma de gobierno del pueblo de Dios. Por ella se habia dirigido desde que murió Josué en un buen número de años, y si los hijos de Israel no hubieran abusado de la libertad que disfrutaban en esta monarquía divina, habrian sido siempre felices. Gobernados y protegidos por un Monarca omnipotente é infinitamente bueno y sábio, nunca habrian tenido necesidad de estos jueces ó enviados extraordinarios, cuya historia vamos á principiar.

HISTORIA DE LOS JUECES DE ISRAEL.

Esta no se hallará siempre tejida de gran número de sucesos, tal vez una sola batalla incluye toda la historia de un juez, y tal vez se halla reducida á estas precisas noticias: El pueblo prevaricó, fué castigado con la opresion, se reconoció, Dios se apiadó de él, le envió un juez ó libertador que le sacó de ella y en su muerte le dejó en paz: pero tambien hay casos en que esta historia es rica y abundante en sucesos extraordinarios, y siempre en instrucciones saludables.

Su autoridad.

Un juez en Israel no era un rey ni tampoco un mero general. Tenia autoridad para formar ejército, mandar las armas y hacer la paz ó la guerra. Esta autoridad no